

CRITICA DE DANZA:

Nueva Temporada del Ballet de Santiago

El Ballet del Teatro Municipal abrió la Temporada 1993 bajo su flamante directora Marcia Haydée con un exitoso programa mixto. En primer lugar se repitió "Tiempo de Percusión", inspirada obra de Hilda Riveros, con los colores terrosos del atrayente vestuario concebido por Edith del Campo y la escenografía e iluminación de Bernardo Trumper. El fondo sonoro creado por Alejandro García, hijo de la coreógrafa, lo suministran éste y su colega percusionista Joe Vasconcellos. Ritmos de nuestro continente cimentan una producción vital e ingeniosa, en cuya entrega participan figuras principales, solistas y el cuerpo de baile.

En seguida se repuso "Cuando muere la tarde", que Miguel Cartagena estrenó con motivo de un Encuentro de Coreógrafos del año pasado. La sugerente penumbra del iluminador Ricardo Yáñez crea la atmósfera apropiada al breve y romántico dúo, exquisitamente realizado por Valentina Shchepacheva y el autor, sobre música de Víctor Jara en un arreglo pianístico de Roberto Bravo.

Una fascinante novedad para Chile fue el *pas de deux* "Guitsara", otro fruto de la fantasía inagotable de Hilda Riveros, recientemente creado para una Gala del Ballet Iberoamericana en Madrid. Tema del trabajo común de la coreógrafa y el guitarrista Carlos Ledermann quien compuso y grabó la partitura: "el intérprete cree ser amo de su instrumento; sin embargo, es la guitarra quien lo posee y domina".

El arte consumado de Sara Nieto hizo maravillas en la personificación del instrumento que adquiere una endemoniada vida propia hasta convertir en pelele al inadvertido tañedor. El control corporal, la fabulosa expresividad de la bailarina estrella del conjunto municipal, hallaron un buen complemento en su *partenaire* Miguel Ángel Serrano y los trajes que diseñara el desaparecido Marco Correa.

Poco o nada que ver con la obra de Leonid Massín para el Ballet Ruso tiene la "Gaité Parisienne" que vimos después del intermedio. Esta coreografía, que Maurice Béjart estrenó hace quince años con su Ballet del Siglo XX, nos llega a través de la compañía que Marcia Haydée dirige en Stuttgart, con estupendos trajes y decorados por Thierry Bosquet.

Diversas músicas de Jacques Offenbach afluyen al arreglo confeccionado por Manuel Rosenthal, discípulo de Ravel.

El maestro Miguel Patrón Marchand dirige la deliciosa partitura con la participación alerta de la Filarmónica de Santiago en el foso. No recordamos haber visto a nuestro ballet municipal en mejores condiciones somático-artísticas que en esta rapsodia de Béjart, especie de añoranza de sus años mozos.

Son muchos los nombres que es forzoso citar entre el cúmulo de ejecutantes. En la extensa pantomima silenciosa después de la obertura se lucen Cyril de Marval, M. Ángel Serrano, Daniel Clementi, Eduardo Yedro, Alfredo Ligabue y Hernán Visillac (los Amigos). Entre las Parisienses destaca Kana Nakao, quien ya había llamado la atención en la obra inicial del programa.

Marcela Goicoechea interpreta con soltura a una Joven; Vladimir Guelbet cumple una labor ejemplar como Padre de Bim; caricaturas irresistiblemente cómicas trazan Edgardo Hartley y Valentina Shchepacheva como pareja de bailarines de antaño. Agil frescor muestra Hugo Zárate (Napoleón III); Sara Nieto y Patricio Melo forman el soberano dúo de Amantes. Una mención particular merece la soprano Miryam Singer, quien se integra profesionalmente al elenco.

Hemos dejado para el final a los tres protagonistas. Bim, tierno personaje que representa al joven Béjart, halla una encarnación soberbia en Luis Ortigoza, bailarín de admirables dotes y gracia singular. Bertie Prieto se revela gran actriz en el papel de Madame Roussanne, maestra de baile que reúne severidad y dulzura. Un acierto triunfal se apunta Pablo Aharonian, Offenbach hilarante o meditabundo que baila como loquito y también puede ser profundamente conmovedor cuando, al soñar su Barcarola, presencia la muerte de Madame.

En suma, un espectáculo deslumbrante, lleno de imaginación. Merecidas ovaciones saludaron al maestro suizo Kurt Speker del Ballet de Stuttgart, repositor de la obra, y a todos los miembros de nuestra compañía municipal.

Federico Heinlein.



Crítica de Música

Izquierdo en El Teatro Oriente

Después de meses de ausencia volvió al país Juan Pablo Izquierdo para preparar y dirigir el cuarto concierto de la temporada internacional que presenta en el Teatro Oriente la Fundación Beethoven. Dos cantatas religiosas de Bach enmarcaron una transcripción de la Sinfonía de Cámara op. 9, de Arnold Schoenberg.

El "Actus tragicus", producto genial de Juan Sebastián de veintidós años —sobre textos de diversas fuentes, casi todos bíblicos— es una música fúnebre de notable intimidad, redactada en lo instrumental para dos flautas dulces, dos violas da gamba y bajo continuo. En el caso presente, la ejecución por flautas traveseras y violas actuales no perjudicó la esencia de la obra.

El Coro Collegium Josquin, excelente conjunto mixto del maestro Alejandro Reyes quien estuvo al órgano, logró efecto particular en las brillantes coloraturas del Gloria final. El tenor solista Fernando Latorre, algo débil en los graves, entregó con soltura su chacona. Impresionó el crescendo de la última advertencia coral "Tienes que morir", en contraste con la dulce invocación a Jesús, de la soprano Miryam Singer.

La contralto Pilar Díaz y el bajo Víctor Torres absolvieron en forma extraordinaria su dúo, apoyados por el continuo de Patricio Barria (violonchelo) y el órgano, sumándoseles luego el contrabajo de Yasmin Lemus. Pilar Díaz corroboró su calidad tanto en la parte movida como en los valores largos de la melodía de coral; Torres interpretó bellamente la *vox Christi*, exhibiendo asombrosa facilidad hasta en el Fa agudo.

Schoenberg escribió su opus 9 en vísperas de la Primera Guerra Mundial. De enorme riqueza temática, la composición amplía los límites de la tonalidad sin abandonarla. Concebida para diez vientos y cinco cuerdas, posee una variedad de timbres que forma parte fundamental de su carácter.

El arreglo para dos maderas, dos arcos y piano que realizó Anton Webern, de enorme interés histórico, obviamente no es por entero fiel a los colores del original. Tanto más debemos valorar la hazaña heórica de Alberto Almarza (flauta), Luis Rossi (clarinete), Alberto Dourthé (violín), Edgar Fischer (chelo) y Luz Manríquez (piano), quienes hicieron lo imposible por suplir lo que faltaba. El director ciñó la nerviosa estructura con sensibilidad y temperamento sin poder evitar que la reducción fuera, a la larga, un tanto cansadora.

Después del intermedio, la Orquesta de Cámara de Chile del Ministerio de Educación, el Collegium Josquin y los solistas de soprano, tenor y bajo consiguieron resultados sobresalientes en La Cantata BWV 140 ("Despertad"), de 1731. La empatía de Juan Pablo Izquierdo supo captar con precisión la índole de cada movimiento.

La masa coral se lució en el agitado contrapunto del comienzo, la redacción a tre de la variante central (que Bach transcribiera también para órgano) y la solemnidad del Gloria concluyente. Entre estos tres pilares se sitúan las intervenciones de los cantantes solistas: el tenor como Narrador; la soprano, representante del Alma, y el bajo, de Jesús.

Fernando Latorre estuvo muy satisfactorio en la vívida expresión de su recitativo. En el dúo, Miryam Singer y Víctor Torres atestiguaron un arte vocal supremo sobre la delicadeza del violín solista Fernando Ansaldi y el continuo de Barria y Reyes. El bajo cautivó en su recitativo.

Cimas espirituales alcanzó el postrer dúo de Miryam Singer y Víctor Torres, con el magnífico solo de Sergio Marín (oboe): una conjunción de levedad y júbilo que parecía venir del cielo para volver a él.

Federico Heinlein



Crítica de Música

Cámara en Las Condes

Prosiguió la temporada de música de cámara del presente y el pasado, ofrecida por la Corporación Cultural de Las Condes. En este concierto se estrenaron dos obras especialmente encargadas a compositores nacionales.

Alberto Almarza insufló asombrosa vitalidad a un trozo para flauta travesera que Cirilo Vila (1937) titula "Lunática". El autor se apoya plenamente en el material sonoro (simple o modificado) que el instrumento sabe producir. Su sensibilidad y delicadeza se igualan con las del ejecutante, quien nos permite compartir un proceso mágico de metamorfosis en el que una crisálida de mariposa nocturna parece salir paulatinamente del capullo.

Los "Instantes", de Fernando García (1930), para flauta y piano, son seis bocetos fugaces cuya obstinación infantil y gracia de duende alternan con absortos estados anímicos de ensimismamiento. Almarza y la pianista Luz Manríquez entregaron magníficamente la soltura y el frescor de los imaginativos apuntes.

Nada nuevo hay en los "Poemas

Norteños" del bonaerense Angel La-sala (1914), para voz, flauta y piano, que adornan los versos de Agustín Dentone con un suave intervállica aborigen. La soprano Miryam Singer y los instrumentistas ofrecieron de manera impecable las tres gustadoras y complacientes creaciones: música sin problemas que obtuvo la máxima aprobación del auditorio.

Soprano, flauta, teclado y violonchelo (Washington Bravo) se unieron en diversas obras de la parte inicial del programa. Proveniente del impresionismo, el inglés Edmund Rubbra (1901) ha logrado en su Cantata Pastoral, de 1962, una pieza que cubre con esplendor eufónico tres textos de Platón. En la transparencia ambiental de estas páginas los músicos mostraron una armonía notable.

De la juventud de Haendel data el bello trozo "Nel dolce del oblio", editado en Roma. Con toda propiedad, clavecín (Luz Manríquez) y chelo ejecutaron el *continuo* como base para el lucimiento de soprano y flauta. En la movilidad del *Andante mosso*, la hondura de expresión de los recitativos y el deleite del *Allegro moderato* con su melancólica sección central, Miryam

Singer fue una intérprete de jerarquía, perfectamente complementada por Almarza.

Ambos solistas estuvieron a la altura de las formidables exigencias de "Seele, deine Spezerein", de Bach, aria de capo religiosa en Si menor, tonalidad en la que Juan Sebastián solía volcar su inspiración más excelsa. A las voces principales de soprano y flauta se sumó el *continuo* de Bravo y Luz Manríquez como cimiente de absoluta seguridad.

Importancia pareja tuvieron los cuatro músicos en su interpretación de las "Chansons Médécasses" (1926) de Maurice Ravel, sobre textos malgaches traducidos al francés por Evariste Parny. Miryam Singer captó maravillosamente el perfume de "Nahandove", la ferocidad de "Aouá" y el clima sensual de "Il est doux". Alberto Almarza (flauta, flautín), Luz Manríquez (piano) y Washington Bravo (violonchelo) brillaron en la sinfonía de ritmos contrastantes de la primera canción, el *ostinato* trepidante del trozo central y las revelaciones sonoras del tercero.

Federico Heinlein

ESPECTACULOS

CRÍTICA DE ÓPERA

"Los puritanos" (2º elenco)

MARIO CORDOVA

El estreno de la versión de segundo elenco de *Los puritanos* de Bellini en el Teatro Municipal pudo ser una gran función. Pero no lo fue.

En el papel de Arturo hubo que lamentar una endeble actuación del tenor argentino Oscar Imhoff, quien aquejado por una indisposición (anunciada al público) cuyos alcances no quedaron explícitos, brindó un desempeño asaz deslucido, cargado de insuficiencias que se presentaron una tras otra.

Dada la importancia de este personaje, sobre todo en el tercer acto, es que sentimos que la producción toda bajó en forma injustificada su altísimo nivel.

Imhoff posee buen material, ya aprobado en la temporada pasada en *Anna Bolena*. Pero esta vez las fallas lo acosaron por diversos flancos, siendo la más evidente su incapacidad para controlar una emisión pura y uniforme en todo el registro. Así, el ascenso a la zona alta fue en permanente desorden, con voz cuando no cortada, portadora de un canto en ingratas desafinaciones.

Por sobre esta tan menoscabada participación se tuvo, en cambio, el gran triunfo de Miryam Singer como Elvira. Convicente por completo en su papel, esta soprano chilena brindó una actuación magnífica. Tras un dúo inicial no del todo logrado, se dio para ella una sucesión de altos logros que fueron coronados por las más cálidas ovaciones. En *Son vergin vezzosa* su dominio fue total, con tiempos y sobreagudos precisos. En *Vien, diletto*, otra vez la coloratura fue servida en forma espléndida con admirables escenas descendentes.

Grandes triunfadores fueron también el barítono

Oscar Quezada, como Riccardo, y el bajo Rodrigo Navarrete, como Giorgio. Ambos consiguieron el lucimiento total en un heroico *Suoni la tromba*, pleno de fuerza.

Al primero se le vio muy seguro y cómodo en un papel que le calza a la perfección, cantado con voz firme en todo el amplio registro que el papel demanda. El aria *Ah! per sempre* se constituyó en la mejor de las partidas, que la armazón de la partitura privó de que fuera legítima y oportunamente premiada por el público. Navarrete, con un volumen que quisiéramos siempre más intenso, entregó otra gran participación. También con problemas en el citado dúo inicial con la soprano, vio luego mejorado de modo total su desempeño con una *Cinta di fiore* muy elogiable.

En los papeles menores se contó con Adriana Muñoz (Enriqueta), Carlos Guzmán (Gualterio) y Juan Castro (Bruno). En conjunto, su participación fue la justa, de mejor rendimiento que el grupo que tuvo a su cargo similares papeles en el primer elenco.

Lo ya señalado para el Coro del Teatro Municipal en nuestro anterior comentario para el estreno de primer elenco de esta producción, no podemos sino reiterarlo.

La Orquesta Filarmónica de Santiago, bajo la conducción de Miguel Patrón Marchand, brindó una jornada por completo al servicio del *belcanto*, con algunos desajustes menores de sonoridad.

TEMPORADA DE ÓPERA

Los puritanos de Vincenzo Bellini. (Versión del segundo elenco). Teatro Municipal. Viernes 27 de agosto. 19 horas.



El estreno de "Los puritanos" con su segundo elenco no fue afortunado.



Crítica de Opera

"Los Puritanos"

● (Reperto II)

En la serie "Encuentro con la ópera" se presentó en el Teatro Municipal "Los puritanos", de Bellini, esta vez con un elenco nacional que tenía como única figura invitada la del tenor Oscar Imhoff, de Argentina. Como es sabido, esta ópera tiene escritos pasajes de excepcional altura para el tenor, lo que hace escasos sus intérpretes. Un aviso antes de abrir el telón informó al auditorio que el tenor se encontraba levemente afectado, pero que cumpliría su papel.

En realidad, así fue. Oscar Imhoff (Arturo), cantando "a la defensiva" en los momentos de exigencia desmesurada, evitó cualquier percance y aunque notoriamente afectado en el color de su voz, llegó a las alturas en "A te oh cara" junto a su amada Elvira. Su buen material de tenor lírico habrá que apreciarlo en forma completa en otra oportunidad. Preocupado como estaba por las interferencias en su garganta, poco pudo lucir su actuación dentro del cuadro total, pero en esto le acompañaban los demás cantantes por razones derivadas de la obra misma.

Lo que fue la sorpresa de la tarde fue el notable desempeño de Myriam Singer (Elvira) en un rol de muy serias dificultades vocales. Las resolvió con dominio técnico y seguridad musical, agregando de su parte un elemento vital para el personaje, más allá de las escalas cromáticas y las vocalizaciones: lo humanizó. Porque su voz tiene la particularidad de llegar a la sensibilidad del auditorio. No es un mero computador de notas exactas. Si al comienzo se advirtió cierta timidez, a lo largo de la obra fue acentuando su presencia escénica y recibió aplausos luego de "Qui la voce sua

soave", realizada con fina musicalidad, que llevó a brillante virtuosismo en "Vien diletto", ganando cálido aplauso.

En dúos y cuartetos obsequió más agudos que los pedidos y así su desempeño fue recibido con satisfacción creciente, por su seguridad y dominio, hasta el dúo final. Efectivamente, casi sin darnos cuenta, había una soprano chilena lírico-ligero capaz de dar brillo y personalidad a un rol de tanta responsabilidad como la Elvira Valton.

El barítono Oscar Quezada (Ricardo) realizó las exigentes arias en que se mezclan "el amor y el furor" con lucimiento de su registro seguro y generoso. Rodrigo Navarrete (Sir Giorgio), bajo, que junto a su colega anterior son fruto de la Octava Región, pródiga en cantantes nacionales, mostró interesante desarrollo de sus facultades vocales y escénicas. Adriana Muñoz (Enriqueta), Carlos Guzmán (Gualterio) y Juan Castro (Bruno) integraron cabalmente el cuadro nacional de esta ópera llena de desafíos para todos. El Coro Profesional y la Filarmónica cumplieron su misión ya comentada, aunque el volumen orquestal fuera a veces excesivo respecto de los solistas, y no se notara mayor cuidado de la matización, preocupado quizá el maestro Miguel Patrón de la justeza del ensamble total.

El público de "Encuentro con la ópera" es más receptivo y reacciona vivamente. Dio prolongado y muy merecido aplauso al elenco nacional. Puede hablarse ya de toda una joven generación lírica, que debe cuidar el desarrollo futuro de sus condiciones, puesto exitosamente a prueba en un título de grandes responsabilidades.

Daniel Quiroga.



Crítica de Música

Clausura de Temporada

Un programa bastante original clausuró la Temporada de Conciertos 1993 ofrecida por Corproarte (Corporación de Promoción Artística) en la Sala Elena Waiss de la Escuela Moderna. La parte inicial de la audición trajo *lieder* de Schumann y Chaikovski; ocho violonchelos prestaron su color característico a la segunda.

Miryam Singer (soprano) y María Iris Radrigán (piano) estuvieron cabalmente compaginadas en extractos del "Cancionero" op. 39 y "Mirtos" op. 25, del compositor germano, a cuya unión con poetas como Eichendorff, Rückert y Heine debemos los más sublimes productos del Romanticismo. "Dedicatoria", "El nogal" y "Eres como una flor", del opus 25, mostraron la penetración de ambas artistas con el género.

Del mismo año 1840 data el ciclo sobre los mágicos poemas de Eichendorff. Sin referirnos a insignificantes *lapses* de fonética, memoria o fraseo, nos pareció que, en algunos de estos *lieder*, la ejecución no correspondía sino aproximadamente al contenido espiritual de las obras.

Logros máximos de Miryam Singer fueron la delicadeza de "El nogal" y el dramatismo del espeluznante "Coloquio en el bosque". Visiblemente cautivada por su cometido, la pianista descolgó en "El nogal" y "Hermosa tierra lejana".

Lamentamos que por razones de fuerza mayor se eliminara el op. 38 N° 2 de Chaikovski, uno de sus tro-

zos más bellos. Las tres páginas que escuchamos hicieron fe de la maestría del compositor y corroboraron el entrañable entendimiento de las intérpretes chilenas, dejándonos con una sensación de "gusto a poco".

Seis piezas inocuas del opus 39 (Album para jóvenes pianistas), también de Chaikovski, hábilmente adaptadas a un conjunto de chelos, impresionaron por la calidad del arreglo y su entrega, más que gracias a valores intrínsecos. Sin embargo, sirvieron de prelude al desborde sensual de Heitor Villa-Lobos en la Bachiana Brasileira N° 5, para soprano y violonchelos.

Edgar Fischer, director a la vez que solista, capitaneó al octeto formado por él junto a Alejandro Tagle, Adriana Sánchez-Málaga y Jorge Luis Espinoza, María Gabriela Olivares y Roberto Becerra, Marcela Nazar y Mauricio Betanzo. Estupendamente preparado, el conjunto sirvió de fondo ideal para la poderosa y expresiva voz de Miryam Singer, cuyo temperamento halló un vehículo particularmente favorable en esta música de embrujo irresistible.

La célebre Cantilena y la no tan familiar Danza de las que consta esta composición, adquirieron brillo inusitado a través del arte arrollador de la cantante así como el desempeño de Fischer y los demás instrumentistas. Los vtores de la concurrencia obtuvieron la repetición del Aria inicial.

Federico Heinlein



Crítica de Música

"Un Réquiem Alemán"

Una década tardó Johannes Brahms en dar término a su Réquiem Alemán que ahora, a 125 años de su estreno, cerró la temporada de la Filarmónica en el Teatro Municipal. El esfuerzo del compositor por finiquitar la magna tarea se nota en cierta falta de continuidad que podría ser indicio de prolongadas interrupciones de trabajo, y en más de algún pasaje excesivamente prolijo. Sin embargo, la obra se impone por su mensaje espiritual, en el que prevalecen la melancolía y la prédica, el plañido y la resignación.

Michelangelo Veltri, maestro titular de la Orquesta Filarmónica de Santiago; el Coro del Teatro Municipal, dirigido por Jorge Klastornick, así como los solistas Oscar Quezada (barítono) y Miryam Singer (soprano), obtuvieron una versión que —salvo diminutos detalles— fue excepcional. Desde los amortiguados matices de chelos y violas del introito pudimos apreciar la mano de Veltri que consigue sonoridades prodigiosas, finalmente diferenciadas, de voces e instrumentos. En el *fortissimo* coral se lucieron hombres, mientras que los incómodos agudos de las sopranos a veces resultaban un tanto desapacibles.

Impresionó la inexorabilidad del coro en la magnífica parte segunda. La calidez orquestal (que lle-

ga a su apogeo en el remate del tercer movimiento) sirvió de apoyo adecuado al solo del barítono, de voz emotiva y excelente dicción germana.

Al centro de la obra se sitúa un episodio más idílico. Le sigue la entrañable melodía "Ahora teneis tristeza", a la que Veltri imprimió un paso aligero muy conveniente. Sobre la eufónica orquesta planeaba la voz bella y pura de Miryam Singer, quien parece subestimar el papel señero de las consonantes en la comunicación artística.

La sexta página, cuyo *tempo* alado disipa las brumas de la pesadumbre, volvió a mostrar las cualidades del barítono. De manera emocionante se desarrolló la fuga. Aquí y en el Final admiramos de nuevo el dominio de la batuta sobre diversos factores acústicos.

Según el dictado de las circunstancias, Veltri fusiona u opone a su libre arbitrio las sonoridades, obteniendo la total disciplina de coro y orquesta. Recordamos la luminosa entrada vocal, tan tenue como al principio de la obra con el que esta conclusión está emparentada. Pocas veces hemos escuchado una armonía más rotunda de los bronce, una emisión más poética de la falange coral.

Federico Heinlein